

tes que ganó y le aseguraban tambien la comunicacion con sus canoas ancladas en aquella costa. El infante Moteuhzuma á quien acompañaba Quautepetl, otro de los gefes huexutzincas, tomó el lado del Sur, al abrigo de la guarnicion de Tlacopan. El príncipe Nezahualcoyotl reservó para sí la parte del Poniente, que era lo más peligroso, porque teniendo á la espalda todo el reino de los tecpanecas, no solo no tenia resguardo ni retirada, sino que era preciso que la mayor parte de los socorros que viniesen de Azcapuzalco de la tierra dentro tropesasen con él. Ordenó cada uno su gente por la parte que le tocó, extendiendo sus alas de uno y otro lado para la comunicacion, con lo que quedó acordonada toda la tropa, y enteramente sitiada toda la fortificacion.

CAPITULO LIV.

Continúa el sitio de la fortaleza de Mazatzintamalco, y el general Mazatl hace juntar los socorros en Tenayocan, y que embistan á los sitiadores por lo espalda mientras él lo hace por el frente. Dase una gran batalla, en que mueren muchos de ambas partes, y entre ellos el general Mazatl. Ganan los aliados la fortificacion, y entran en Azcapuzalco macana en mano. Maxtla se esconde en un baño, de donde le sacan y llevan á la plaza, y alli le da muerte Nezahualcoyotl. Manda sacarle el corazon y esparcir la sangre, y hace quemar el cuerpo. Da la ciudad á saco á la tropa, que dura dos dias. Sale el ejército victorioso á continuar la conquista del reino tecpaneca, y se apodera de todas las poblaciones situadas al Norte de Azcapuzalco, en que gasta el resto del año, y se restituye á Méjico, donde se hacen muchas fiestas.

Toda la tropa de los aliados, especialmente la mejicana, estaba muy lucida y ricamente vestida á su usanza, porque las ropas eran labradas de diversos colores, adornados de joyas, y con vistosos penachos de plumas en las cabezas. No eran ménos vistosas las rodela's tambien de plumas, las macanas, arcos y flechas pintadas de varios colores. Solamente la tropa que mandaba el príncipe Nezahualcoyotl estaba sin adorno alguno en las personas, ni en las armas, porque así lo habia mandado. Causóles esto algun desabrimiento, porque estaban como avergonzados á vista de los demas, y algunos comenzaron á murmurar de la orden del príncipe.

Llegó este rumor á sus oídos, y sin darse por entendido de que sabia su disgusto, y despues de haber puesto en órden su gente, dió dos ó tres paseos por delante de ella, mirándola con semblante alhagüño; como quien se regocijaba mucho en verla, y luego les dijo de esta suerte: „Alegre y divertido estoy, viendoos „entre tanta tropa adornada de variedad de colores, „vosotros solos blancos y uniformes, y se me figura „que estoy en un jardín de diversidad de flores, en „que sois vosotros los fragantes jazmines, que sin mas „adorno que su sencilla blancura, se lleva la primacia „entre todas las flores. Los adornos exteriores no „aumentan el valor del que los lleva, sino el del enemigo, cuya codicia le alienta á vencer para aprovecharse del despojo. Faltándoles en vosotros este estímulo, disminuirá mucho su valor, al paso que aumentará el vuestro, lisonjeados de aprovecharse de sus adornos. Estos en lo general no sirven mas que de embarazo al tiempo de la batalla, y así entrareis „vosotros en ella con manifiesta ventaja sobre ellos, „pues libres de todo embarazo podreis acometer y retiraros con mas lijereza, y con mayor destreza jugar las armas. De esta suerte lucirá vuestro valor con „vuestros hechos, y conocerá el enemigo que sin hacer vana ostentacion de él en los adornos, consiste „sólidamente en el bizarro aliento de vuestros corazones.” Este razonamiento proferido con una gran dulzura, agrado y energía, serenó enteramente la inquietud, dejándolos muy contentos y satisfechos, y fué tan plausible, que despues se hicieron canciones al asunto, de las que aun se conservan algunos fragmentos.

Viéndose sitiados los tecpanecas, comenzaron á hacer algunas salidas, y los sitiadores á intentar asaltar la fortaleza de Mazatzintamalco por varios lados, de lo que se originaron muchos encuentros reñidos y sangrientos, sin lograr aquellos desalojar á sus contrarios, ni estos apoderarse de la fortificacion, retirándose unos y otros despues de largas funciones con mucho número de muertos, aunque por lo comun era mucho mayor la pérdida de parte de los sitiados, y mucho mas dañosa por no poder reemplazarla, no habiendo forma de entrarles socorro alguno, pues los sitiadores, especialmente Nezahualcoyotl y Tlacaeltzin con sus respectivas tropas, rechazaron á todos los que intentaban entrar, obligándoles á volver la espalda. Por el contrario los sitiadores, aunque perdian mucha gente en las acciones diarias, cada dia tambien les llegaban nuevos socorros que enviaban al príncipe, hasta de parages muy remotos.

De todo lo que pasaba en el campo daba cuenta Mazatl al emperador Maxtla, que se mantuvo siempre en su corte, sin haber querido salir á campaña, ni ver la cara al enemigo, no sé si de cobarde, ó de soberbio, que ambos defectos suelen ser regulares en los tiranos; y aunque Maxtla se habia criado en la guerra, no se refiere en toda la historia hecho alguno señalado de valor que le redima de la nota de cobarde, al paso que se leen muchos que indican su soberbia. Ciento y catorce dias duró el sitio, y en ninguno de ellos dejó de haber funcion, mas ó menos empeñada, pero en todas quedaba en el campo gran número de muertos de ambas partes. Ya comenzaban á desmayar los tecpanecas, consumidos del trabajo, y faltos de

gente con que poder sostener la defensa, sin embargo que de la ciudad, que era populosísima, salían continuamente al socorro cuantos eran capaces de tomar las armas.

Viendo el general Mazatl que se le iba consumiendo el ejército, sin esperanza de socorro, poniéndole cada día en peor estado de mantener la defensa; resolvió aventurarse á una accion general, que aunque no fuese decisiva, le abriese por lo ménos el paso á los socorros. Para esto hizo que el emperador despachase algunos mensageros, así á las potencias aliadas del imperio, cuales eran Coyohuacan, Xochimilco, y otros estados de la banda del Sur, Quauhtitlan, Tepozotlan, y otros de las del Norte, como tambien á las principales ciudades del reino tecpaneca, para que aprontasen todo el mayor número de gente que pudiesen, y haciéndolo marchar prontamente estuviesen todos en Tenayocan, por cuyo lado no tenian los enemigos fortificacion que les resguardase, el día de siete serpientes, y al día siguiente señalado con el geroglífico del viento en el número ocho, muy de madrugada, marchasen sobre ellos á embestirles por las espaldas, ínterin que al mismo tiempo, saliendo de la fortificacion todo el ejército, les atacaba por el frente.

Los mensageros tuvieron la dicha de escapar de las manos de los sitiadores, y con gran viveza y diligencia ejecutaron su comision. No fué ménos la que pusieron las potencias amigas y las ciudades del reino en aprontar los socorros, y así el día señalado se hallaron todos en Tenayocan en tan crecido número que pasaban de doscientos mil hombres, mandados por valientes y veteranos capitanes.

Luego que amaneció el día siguiente pusieron estos en órden su gente, y marcharon en demanda de los sitiadores por el camino recto que va á Azeupuzalco, entre Poniente y Norte. Ya he dicho que la tropa que sitiaba por estos dos vientos estaba al mando del príncipe Nezahualcoyotl y del infante Tlacaeltzin. Tuvieron estos aquella noche por sus espías la noticia del poderoso ejército que se habia juntado en Tenayocan para venir á socorrer á los sitiados, y habiendo pasado el aviso á los demas generales, pusieron la gente toda sobre las armas, prontos para acudir á donde llamase la necesidad.

Luego que los sitiados divisaron el socorro hizo el general Mazatl que saliese prontamente toda la gente de la fortificacion, y puesta en órden, embistieron los de dentro y los de fuera por frente y espaldas, con muchos alaridos y vocería, á las tropas del príncipe é infante, en las que del primer avance hicieron mucho estrago; pero sobreviniendo luego el resto del ejército mejicano, se trabó la batalla sumamente cruel y sangrienta, empeñados enteramente en la accion ambos ejércitos, cuyo número era casi igual, y excedia cada uno de mas de quinientos mil hombres. Peleóse bizarramente por una y otra parte toda la mañana, hasta que poco despues del medio día, encontrándose el infante Moteuhzuma con el general Mazatl se embistieron furiosamente el uno al otro, y riñeron cuerpo á cuerpo con igual bizarría; mas á poco rato de combate tuvo el infante la dicha de acertarle un golpe de macana en la cabeza, con que le derribó muerto á sus pies. Levantó luego la voz la tropa mejicana, apellidando victoria, y extendida la noticia de la muerte del general

teapaneca, comenzó á desmayar su tropa, y á volver las espaldas, procurando ampararse en su fortificacion; pero cargados fuertemente de la tropa que mandaba Nezahualcoyotl, hizo en ellos mucha carnicería, y les ganó la fortaleza, en la que entró luego todo el ejército victorioso. Siguió el príncipe el alcance hasta la ciudad, y entró en ella macana en mano, pasando su filo cuanto encontró, haciendo derribar y poner fuego á las casas y templos, hasta llegar al palacio de Maxtla.

Habia tenido este monarca repetidos avisos de todo lo que pasaba en el ejército; pero poseído de un extraordinario capricho, ni daba asenso á las infaustas noticias que le traían, ni se le hacía creíble que pudieran ser vencidos los suyos, ni él cuidaba de poner en salvo su persona; y así cuando vió ya dentro de su palacio á los enemigos, no tuvo otro arbitrio que el de esconderse en un baño de los que usaban y usan estos naturales que llaman temaxcalli, que es á manera de un horno, y estaba en uno de sus jardines. Facilmente le hallaron sus enemigos, y sacándole de él con ignominia, le llevaron casi arrastrando á presencia del príncipe Nezahualcoyotl, el cual mandó que le llevasen luego á la plaza adonde le siguió, y habiéndole hecho poner de rodillas en medio de ella, comenzó á hacerle los cargos de las crueldades y tiranías ejecutadas con su padre y con él, de sus traiciones y cautelas, de los gravísimos males que habia ocasionado su ambicion, y finalmente de la mucha sangre que por su causa se habia derramado. Mandóle que diese sus descargos, y el infeliz monarca respondió: „No tengo descargo que dar; conozco que merezco morir, y así ejecuta en

„ mí el castigo.” Levantó entónces el príncipe la macana, y de un solo golpe le quitó la vida. Mandó luego que le sacaran el corazón, y esparciesen su sangre por la plaza, hacia los cuatro vientos; pero que al cuerpo se le hiciesen las exequias, honores y funerales que acostumbraban hacer á los reyes.

Este fué el desastrado fin del tirano Maxtla, que habiendo sucedido á su padre contra su disposicion en el reino de sus mayores, y en el imperio chichimeca, que injustamente habia invadido su padre, apenas empuñó el cetro, tiñó sus manos en la sangre de su hermano, despues de quitarle el reino. En soberbia y crueldad exedió á su padre, pero en el talento, conducta, política y valor le fué muy inferior, con lo que se hizo tan temido como malquisto: soltó la rienda á sus apetitos, no hubo exceso ni torpeza que no cometiese, hasta llegar á intentar forzar á la reina de Méjico muger de Itzcohuatl en presencia de su mismo esposo. Entregado todo á sus deleites dejó las riendas del gobierno en manos de sus confidentes, los que le eran mas agradables, quanto eran mas viles y cautelosos. En el año y medio que reinó hizo matar reyes, perseguir inocentes y cargar de intolerables tributos á los vasallos del imperio y á los mejicanos, pero nada en beneficio y alivio de sus propios pueblos. Con sus traidoras y alevosas máximas hubiera logrado infaliblemente quitar la vida al príncipe Nezahualcoyotl, sacrificándole á su ambicion, si aquella altísima y sabia providencia que con tan manifiestos prodigios le protegía, no se la hubiera reserbado, para que como ministro de su justicia diese el castigo merecido á sus delitos, verificando en él los sueños de su padre, acabando con

su muerte el reino tecpaneca, para resucitar la gloria del de los aculhuas é imperio chichimeca.

Mandó luego el príncipe traer cantidad de leña, de que hizo formar la pira en medio de la plaza, y entre él y los reyes é infantes de Méjico levantaron el cuerpo del difunto emperador, le colocaron sobre ella; y poniéndole fuego, ardió luego, y se mantuvieron allí todos los príncipes, y capitanes hasta que se redujo á cenizas, haciéndole de esta suerte los honores funerales (1).

El día de este suceso dicen que fué señalado en su calendario con el geroglífico del viento en el número ocho, que segun mi cómputo correspondió al día seis de junio del dicho año de 1428.

Aunque ya era tarde y se acercaba la noche, mandó el príncipe que siguiese el estrago y saqueo, hasta destruir enteramente la ciudad, y despues para mayor ignominia, la destinó para que en ella se hicieran las ferias de los esclavos. Corrió la tropa victoriosa por todas las calles, haciendo una horrible carnicería, sin perdonar edad ni sexo, poniendo fuego á las casas y templos, despues de saquearlos y aprovecharse de lo que en ellos encontraban. Toda la noche y los dos días siguientes duró esta faena, en que fué muy considerable el despojo, á proporcion de la grandeza y opulencia de esta corte, y todo lo cedió el príncipe á la tropa, elogiando y aplaudiendo al mismo tiempo con gran política el valor y bizarría, así de los gefes como de los

(1) Torquemada y Clavigero dicen que Maxtla fué muerto á palos y pedradas, y que su cadáver fué arrojado al campo para que fuese pasto de las aves carnívoras.—E.

soldados, y dándoles muchos agradecimientos, con lo que los dejó muy contentos y ufanos.

El infante Moteuhzuma logró singular aplauso, por haber tenido la gloria de vencer al general Mazatl; pero no fué inferior el aplauso que mereció su hermano Tlacaeltzin (1), que venció y mató á muchos capitanes famosos, y se señaló grandemente en este día.

Concluido el saqueo y destruccion de la ciudad de Azcapuzalco, determinó el príncipe aprovecharse del orgullo y aliento de sus tropas victoriosas, y del terror de las enemigas, para seguir conquistando el reino tecpaneca; y habiendo dado á la gente algunos días de reposo, salió con todo el ejército, dividido en los mismos cuatro trozos, mandados por los propios gefes, y se encaminó la vuelta de Tenayocan.

Era esta ciudad una de las mayores y mas pobladas del reino, y habia sido la antigua y primitiva corte de los emperadores chichimecas. Resistióse algunos días, pero finalmente fué entrada por armas, y dada á saco al ejército. La misma fortuna corrieron Tepanohuayan, Toltitlan, Quauhtitlan, Teoloyocan, y todas las demas poblaciones de ménos monta situadas al Norte de Azcapuzalco hasta Xaltocan, y en su conquista se gastó lo que restaba del año.

A fines de él determinó el príncipe suspender la guerra, y dejando competente guarnicion en los para-

(1) Segun Clavigero Moteuhzuma y Tlacaeltzin no son dos personas diversas, como supone nuestro autor siguiendo á los PP. Tobar y Acosta, sino una misma con diferentes nombres.—E.

ges que le pareció conveniente, volverse con su ejército á Méjico. Despidió muchas de las tropas auxiliares, especialmente aquellas que eran de mas léjos, para que fuesen á descansar á sus casas, ricos de los despojos que habian ganado, y con muchas expresiones y demostraciones de gratitud para sus señores, particularmente á las de Tlaxcallan y Huexutzinco, cuyos socorros fueron los mas numerosos, y el de esta última república mandado por sus mismos señores, á quienes á mas de la parte que les tocó en los despojos, les hizo muchos regalos, y á todos previno que estuviesen prontos para, cuando les avisase, volver á ayudarle á acabar la conquista del reino tecpaneca, y reducir á su obediencia á los príncipes y pueblos que se habian separado de ella.

Restituyóse Nezahualcoyotl con sus tíos y parientes y el resto del ejército á la ciudad de Méjico, donde fueron recibidos con muchas aclamaciones. Celebróse esta feliz conquista del reino tecpaneca, no solo con bailes y regocijos públicos, sino tambien con muchos sacrificios á sus dioses, derramando mucha sangre de los cautivos que llevaron, entre los cuales perecieron algunos famosos capitanes que tuvieron la desgracia de quedar prisioneros.

Aborrecia Nezahualcoyotl estos sacrificios, reputándolos por inicuos y opuestos á la ley natural, y así no quiso asistir sino á muy pocos por complacer á su tío el rey Itzcohuatl, y por la misma razon concurrió algunas veces á los templos de sus dioses, en quienes no creía, y se burlaba en secreto del culto y adoracion que les daban, manteniéndose firme en la creencia de sus mayores de que no habia otra deidad digna de ado-

racion que el Dios Todopoderoso, Criador y Conservador del Universo; pero por contemporizar con los mejicanos callaba y disimulaba, fingiendo acompañarles en su culto.

Concluidas las fiestas querian muchos de los señores y nobleza que se hallaba en Méjico que se jurase solemnemente á Nezahualcoyotl por gran chichimeca tecuhtli, y sucesor legitimo en el imperio de Tezcoco, como lo habian acostumbrado sus ascendientes. Mas al rey Itzcohuatl no le agradaba mucho este pensamiento; porque aunque no imaginaba proceder contra Nezahualcoyotl, sino ántes por el contrario mantener firme la union y alianza con él, para ayudarse mutuamente, se le hacia duro en su edad anciana, y con los grandes créditos y aplausos que gozaba, haber de reconocer por superior al sobrino. Este, ó porque llegó ya á penetrar la repugnancia del tío, á quien amaba con veneracion, ó ya por mero impulso de su gallardo espíritu, se negó enteramente á ello, diciendo que hasta tanto que él por sus puños no acabase de reducir á su obediencia su reino hereditario, que durante la guerra habia vuelto á inquietarse por la traicion del señor de Huexotla, y concluyese perfectamente la conquista del tecpaneca, no queria que le jurasen. Con esto dejó á todos contentos, exhortándolos y animándolos á continuar la guerra, y asegurándose de esta suerte del socorro de los mejicanos.